

Índice

Lecturas de la Guerra Fría cultural desde la literatura latinoamericana: contextos, problemas y nuevas aportaciones PAULA GARCÍA TALAVÁN/EMILIO J. GALLARDO-SABORIDO	9
---	---

I. Viajes

Rusia por dentro desde la izquierda uruguaya CARMEN LUNA SELLÉS	33
El imaginario soviético en textos breves de Raúl González Tuñón y su filiación con la izquierda revolucionaria (1942-1954) ANA DAVIS GONZÁLEZ	51
Ideología y realidad. El caso de Miguel Otero Silva CARMEN BECERRA SUÁREZ	71
María Luisa Mendoza en la URSS: un viaje entre letras ALBERTO CUSTODIO ROMERO VALLEJO	91
“En los bosques de Rusia”. La escritura de Heberto Padilla entre Cuba y la Unión Soviética. <i>De Fuera de juego a La mala memoria</i> , y viceversa MILENA RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ	111

II. Ficciones

Una nube con faldas: poética y política de Lila Guerrero EMILIO J. GALLARDO-SABORIDO	131
<i>Elegía</i> y el arraigo moscovita de Pablo Neruda PABLO SÁNCHEZ.....	161
A una distancia infinita: la Unión Soviética en tres novelas de Jesús Díaz PAULA GARCÍA TALAVÁN	177
Un cubano en Rusia: el yo ficticio y el yo empírico en la prosa autográfica de José Manuel Prieto JESÚS GÓMEZ-DE-TEJADA.....	197

III. Traducciones

La literatura latinoamericana en el campo cultural de la última década del régimen comunista rumano ILINCA ILIAN	219
Sobre los autores.....	247

Lecturas de la Guerra Fría cultural desde la literatura latinoamericana: contextos, problemas y nuevas aportaciones

PAULA GARCÍA TALAVÁN
Universidad Alfonso X el Sabio

EMILIO J. GALLARDO-SABORIDO
Escuela de Estudios Hispano-Americanos/Instituto de Historia, CSIC

“¡Gloria a nuestra Patria libre, / fortaleza segura de la amistad de los pueblos!”. Estos versos de la versión de 1944 del himno de la URSS¹

1 Brooke se ha referido a los hechos que condujeron a la creación de un nuevo himno de la URSS a finales de 1943. Más allá de las explicaciones oficiales que apuntaban a que “La Internacional” había quedado desfasada en la URSS del momento, esta investigadora señala dos motivaciones principales: “the need to make pragmatic concessions in order to maintain friendly relations with the

sirven de pórtico —e inspiración para el título— de este trabajo colectivo en el que, al hilo del proyecto de investigación “Escritores latinoamericanos en los países socialistas europeos durante la Guerra Fría” (PID2020-113994GB-I00), se profundiza en el problema de las relaciones establecidas entre la literatura latinoamericana y los campos políticos y culturales propios de los países con gobiernos comunistas en Europa. La visión de la URSS como “fortaleza segura de la amistad de los pueblos” fue saludada y publicitada por varias de las personalidades que recorren este texto. Sin embargo, la mirada idealizante también fue contravenida por otras tantas, que ofrecieron una visión crítica en mayor o menor medida; de ahí que hablemos de “(des) encuentros” entre la literatura latinoamericana y los contextos nacionales de estos países comunistas.²

Las relaciones culturales internacionales y las redes de intelectuales que se forjaron durante la Guerra Fría son, dentro de las investigaciones realizadas sobre este periodo histórico, asuntos que han ido concertando un mayor interés académico en las últimas décadas. De hecho, como sabemos hoy, tuvieron un papel importante en la difusión de información sobre el conflicto, en la idea que se formó la opinión pública sobre los dos bloques en pugna y en la creación de capital simbólico, utilizando el concepto propuesto por Bourdieu, con el que seguimos trabajando en la actualidad para profundizar en lo que ocurrió en aquellos años.³ A esto se suma que, si bien el conflicto tuvo un

wartime Allies and the need to generate patriotic propaganda in order to help unite the country behind the war effort” (34). Brooke detalla, asimismo, las vicisitudes que condujeron a la elección tanto de la letra como de la música; la primera estuvo a cargo de Serguéi Mijalkov y Gabriel El-Reguistán, mientras que la segunda se correspondía con la del “Himno del Partido Bolchevique” compuesta por Aleksandr Aleksándrov (31-33). La versión en ruso del “Himno de la Unión Soviética” puede encontrarse en Aleksándrov, Mijalkov y El-Reguistán (4).

2 En otros trabajos vinculados al mencionado proyecto se podrá encontrar una mayor pluralidad en lo tocante a estos contextos nacionales. En este libro, en cambio, se ha privilegiado el estudio de la URSS y, en la última parte, se ha añadido un apartado relativo a Rumanía.

3 Betts y Vučetić, quienes han estudiado las relaciones culturales mantenidas por la URSS y otros países comunistas europeos como Yugoslavia con diversas na-

alcance global, hay espacios geográficos cuya participación no ha sido apenas examinada (Pedemonte, “Una historiografía”).

América Latina es uno de estos casos, a pesar de que fueron muchos los intelectuales que participaron en el debate en torno al alcance y posibilidades del nuevo sistema socialista que se extendía al otro lado del mundo y que integraron distintas redes, asociaciones y consejos internacionales en los que, además, llegaron a ocupar cargos relevantes. De hecho, es precisamente el contexto de la Guerra Fría, “vital en la conformación de [...] [un] mega campo intelectual” (Albuquerque 18), el que coloca a los intelectuales latinoamericanos en el escenario mundial. Efectivamente, este conflicto permea en la manera de entender la realidad en los cinco continentes (Westad), y la región latinoamericana no es una excepción. Ya con el triunfo de la Revolución rusa y el surgimiento de la URSS, artistas e intelectuales de todo el mundo empezaron a posicionarse y se implicaron en acaloradas polémicas en torno al socialismo, como son, por ejemplo, las protagonizadas de manera inaugural por H. G. Wells, George Bernard Shaw, George Orwell y André Gide, entre muchos otros (Gallardo-Saborido y Nogales Baena 3).

De acuerdo con la concepción del intelectual propuesta por Albuquerque, para quien este es uno de los diversos agentes que detentan el poder, entendido en todas sus formas, los autores de este volumen pensamos que, aunque el suyo no es tan evidente como el económico o el político, estos gozan de un poder “intrínseco e inajenable, un poder específico de naturaleza singular, que entra en contacto con otros poderes y con los actores que detentan esos poderes” (Albuquerque 8), y estamos convencidos de que, al igual que los escritores del resto del mundo, los latinoamericanos, en tanto agentes y creadores de ideas, con sus intervenciones públicas y sus obras, contribuyeron a la formación y difusión de una imagen, ya sea positiva o negativa, de cada uno de los dos bloques enfrentados.

ciones africanas, se han referido a la importancia que tuvieron: “Cultural diplomacy, the mission of modernism and the defence of tradition” (150), para fraguar estas alianzas.

Hay un acuerdo generalizado entre los académicos en ubicar la irrupción de la literatura latinoamericana en el campo literario global concretamente en la década de los sesenta (Albuquerque; Locane; Guerrero; Müller),⁴ momento en el que entra en el “proceso de mundialización”, entendido este, tal y como explica Albuquerque, como la salida del intelectual latinoamericano al mundo, al descubrimiento de otros pueblos y de otras culturas. Este visita físicamente otros países más allá de Estados Unidos y de Europa occidental; esto es, conoce la Unión Soviética, China, la India, el sudeste asiático, África, y entra

4 Albuquerque señala directamente la Guerra Fría como el resorte que coloca al intelectual latinoamericano en el escenario mundial y, para referirse al momento clave (de interés mutuo) de esta relación internacional, habla de la “latinoamericanización de la Guerra Fría”, periodo que localiza entre 1959 y 1965 (289). Según Guerrero *et al.*, es justo tras la Revolución cubana cuando “el territorio al sur del Río Bravo termina por recortarse y ganar visibilidad como unidad geocultural en efecto existente y más o menos homogénea” (1). Asimismo, Gesine Müller reconoce una “recepción global más intensa”, en diferentes etapas, a partir de 1959 (“¿Una literatura mundial sin mundo?” 503) y relaciona directamente el fenómeno de la recepción internacional de los escritores del *boom* con el interés político despertado entre la izquierda de la Europa occidental por América Latina, “que en los años sesenta y setenta se convierte, en cierto modo, en un laboratorio de experimentos político-sociales” (“Literatura mundial y la cuestión editorial” 123). También Locane atribuye el salto internacional a la conjunción de proyectos literarios como los de Vargas Llosa, García Márquez, Fuentes y Cortázar con proyectos comerciales como los de Carmen Balcells y Carlos Barral, entre otros: “el primer ejercicio exitoso y sostenido de producción de literatura latinoamericana con una notable y hasta el momento insólita recepción en el mundo fue el así denominado *boom* iniciado en los años 60” (21). Ahora bien, como señala Locane, conviene recelar del tono épico con el que los protagonistas del *boom* trazaron en primera persona la historia de la literatura latinoamericana y es necesario tener presente que cada orden político-cultural diseña una “literatura mundial” a su medida. Desde esta perspectiva, reclama que, si bien “la escena internacional de los años 60 tiene a sus cuatro o cinco protagonistas, la de la inmediata Posguerra también los tiene: son Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y Jorge Amado” (“Literatura comunista mundial” 193), de quienes aparecen publicaciones individuales y en antologías en Alemania ya en la década de los cincuenta, coincidiendo justo con la vuelta de América de escritores exiliados como Erich Arendt, Ludwig Renn, Albert Theile y Anna Seghers.

en contacto con intelectuales y autoridades de estas latitudes. De esta forma, “[e]l intelectual latinoamericano participa de una vida cultural mucho más amplia, publica (es traducido) en otros idiomas, obtiene premios, integra organismos, dicta conferencias y recitales, todo con una intensidad inédita” (Albuquerque 18).

Esta salida al mundo se da al mismo tiempo que se está produciendo el proceso de conformación identitario del campo cultural latinoamericano. Como señalan Guerrero *et al.*, América Latina se hizo visible para el resto del mundo como unidad geocultural sobre todo tras la Revolución cubana de 1959. Precisamente, uno de los efectos casi inmediatos de esta revolución fue la búsqueda de unas características específicas que distinguieran la literatura latinoamericana de la producida en otras regiones del globo (Guerrero *et al.*). Son numerosos los autores que se preocuparon por destacar la homogeneidad cultural, lingüística, política y social de los países de este territorio y de señalar los rasgos identitarios de su producción literaria: Alejo Carpentier en *Literatura y conciencia política en América Latina* (1969), José Donoso en *Historia personal del boom* (1974), César Fernández Moreno en su “Introducción” al volumen *América Latina en su literatura* (1972), Roberto Fernández Retamar en “Una teoría para la literatura latinoamericana” (1975), Ángel Rama en *La novela en América Latina* (1982) y en *La ciudad letrada* (1984), Ana Pizarro en *La literatura latinoamericana como proceso* (1985), etc. Estos son solo algunos de los autores que citan Gustavo Guerrero *et al.*, a quienes seguimos, para subrayar el esfuerzo que hizo la crítica literaria, desde el triunfo de la Revolución hasta la caída del Muro de Berlín, por reivindicar unos rasgos literarios distintivos de esa parcela del continente americano (1-3).

Al hablar del campo literario global y del proceso de mundialización de la literatura latinoamericana, nos parece necesario referirnos brevemente al concepto de “literatura mundial”, especialmente discutido en las dos últimas décadas. Como señala Gesine Müller, su lógico cuestionamiento se debe a que generalmente ha sido abordado mediante una vinculación directa a otras dinámicas políticas y económicas de la globalización, sin tener en cuenta los procesos de la producción literaria que tienen lugar por otras vías alternativas, ajenas al mercado capitalista (Müller, “¿Una literatura mundial sin mundo?” 500).

Desde que Goethe acuñara el término *Weltliterature* en 1827 hasta hoy, son esenciales las aportaciones a este campo de estudio de David Damrosch, Pascale Casanova, Franco Moretti, Gayatri Spivak y Emily Apter, entre otros. Pero también hay que reconocer las contribuciones de otros autores que ponen a América Latina en el centro del debate y que cuestionan los conceptos de “mundo” y las dinámicas del mercado global, como es el caso de Ignacio M. Sánchez Prado, en cuyo volumen *América Latina en la “literatura mundial”* destacan las reflexiones de Efraín Kristal, Graciela Montaldo y Françoise Perus. Asimismo, hay que mencionar a Guillermina De Ferrari, Mariano Siskind, Héctor Hoyos y a la propia Gesine Müller. Por supuesto, para estos últimos, Ángel Rama es un referente indiscutible, aunque su aportación no esté muy difundida entre los estudiosos de la literatura mundial, muy probablemente porque, como señala De Ferrari, no utilizó directamente el término de “literatura mundial” en su discurso o porque “escribió desde la periferia y el centro no se enteró” (24). En cualquier caso, estos autores demuestran, tal y como afirma De Ferrari, que América Latina se integra plenamente en la literatura mundial y participa activamente en la discusión teórica sobre su funcionamiento (30-31).

De la misma opinión es Müller, que, entre otras tareas, se ha ocupado de dilucidar los criterios que permitieron, por ejemplo, que Octavio Paz y Darcy Ribeiro fueran publicados en la editorial alemana Shurkamp en la década de los setenta, lo que contribuyó a su consideración dentro de la literatura mundial (“Literatura mundial”). Asimismo, ha examinado los mecanismos que, en la misma década, condujeron a la canonización de *Cien años de soledad* en Estados Unidos, lo que activó la entrada de otras obras latinoamericanas en ese espacio, y ha profundizado en los motivos por los que, más allá del alto grado de circulación del que siempre ha gozado esta novela, Gabriel García Márquez es, de todos los autores del Sur Global,⁵ el único que

5 “Sur Global” es el concepto que Müller utiliza, apoyándose en Levander y Mignolo, para referirse a “otras regiones del mundo que se hallan fuera de los ‘viejos’ centros establecidos del pensamiento occidental. Desde un punto de vista geopolítico, estas pueden estar, a fin de cuentas, en cualquier parte del globo” (“Debating” 505).